

No puedo más, hermanos míos; me es imposible completar el cuadro de la vida de Francisco; estoy fatigado por su gloria; seguidlo vosotros, si quereis, en los últimos años de su destierro en este valle de lágrimas; asistid, si os place, á su lecho de muerte para que aprendáis cómo mueren los Santos; por lo que á mí hace, ya no quiero contemplarlo en la tierra; prefiero contemplarlo en el cielo, brillante de gloria en el coro de los apóstoles del Cordero; me gusta más ver glorificada su penitencia, exaltada su humildad, coronada su paciencia, recompensada su caridad, beatificada al fin su santísima alma en la apacible y tranquila fruición del soberano Bien.....

¡Gloriosísimo abogado y protector nuestro! ¿Cuándo se disolverán estos vínculos que nos unen á la tierra, para que podamos alternar contigo las divinas alabanzas en la celestial Sion? ¿Cuándo llegará, por fin, el suspirado momento de nuestra libertad de este cautiverio del mundo y del pecado? ¿Cuándo amanecerá el día en que salgamos de Babilonia, pues en ella están colgadas nuestras arpas; apenas podemos lanzar el gemido de los desterrados, y se ahogan en nuestra garganta comprimida por el dolor los cánticos de Jerusalén. Que tus oraciones nos alcancen de Dios ese tránsito dichoso de este valle de miseria, de llanto y de infortunio á la Patria celestial, en donde se disfruta de paz perpetua y de felicidad incomparable.



V

## San Ignacio de Loyola

Sermón panegírico pronunciado en la Iglesia de San

Antonio Abad, el 31 de Julio de 1868

*Abscindentur de ovili pecus; non erit armentum in praeseptibus.  
Arrancadas serán las ovejas del redil; no se encontrará pasto en los pesebres.  
Habacuc, c. III, v. 17.*

Señores:

**I**GNACIO de Loyola es la figura más encumbrada del siglo XVI. No exajero de ninguna manera. Abrid la historia, y veréis jirar en torno de él, todos los acontecimientos de esa luctuosa época para la Iglesia y terrible para las sociedades humanas: los unos preparan su advenimiento; los otros, explican su misión; otros, finalmente, son su inevitable consecuencia. Hacia él, están inclinadas las miradas de los Reyes y de los Pontífices, como si la Religión y la Sociedad buscaran en su gran corazón su punto de apoyo y un muro de defensa. Y lo encontraron, señores: la herejía tembló, cuando este impertérito soldado levantó su estandarte y lució sus armas en el campo de batalla; y apaciguáronse las furiosas oleadas de la revolución al pie de esta incommovible y firmísima roca. El Pontificado y el Imperio no olvidarán nunca lo que deben á Ignacio de Loyola: en cuanto al primero, no conoce la ingratitud; por lo que hace al segundo, si alguna vez puede echarlo



en olvido, nunca podrá arrancar á la humanidad la historia de tres siglos. De todas maneras, conviene no perder la ocasión de recordarlo; sobre todo, hoy, en que inveteradas preocupaciones ú odios calculados, han hecho, sospechosa para unos y aborrecible para otros la institución de Ignacio. Lo diré con franqueza, señores: vengo á hacer el panegírico de la Compañía de Jesús; vengo á manifestaros de cuanto le son deudores la Iglesia y las sociedades humanas. No me juzgueis, sin escucharme, señores: tengo derecho de exigirlo, en nombre del buen sentido y de la historia; algo más, en nombre del ministerio que ejerzo, ante vosotros. Glorificaré á Ignacio de Loyola, considerándolo únicamente, como fundador del instituto de Jesús. Bajo de este aspecto, es gigantesca su grandeza, su fama inmortal, imperecedera su gloria é incommovible y eterno el pedestal que sostiene su colosal estatua. La Iglesia le pagará siempre un tributo de veneración, y las generaciones todas vendrán á depositar á sus pies, la ofrenda de su gratitud; y esto sucederá, señores, quiéranlo ó no, la revolución y la demagogia.

¡Inmaculada María! Tú sola eres la condenación suprema de la herejía y de la rebelión. Han muerto, Reina mía, desde que les aplastó la cabeza tu planta virginal; y cuantas veces las reviva el espíritu del mal, otras tantas morirán, en su desesperada impotencia. Por eso, invoco tu auxilio é imploro tu intercepción, para tratar dignamente del triunfo, que alcanzó Ignacio sobre esas hidras del infierno.

Permite, pues, que te salude con el Angel. Ave maría.

#### INTRODUCCIÓN

Ocupaba la silla de S. Pedro el pontífice Paulo III. Afigía mucho su magnánimo corazón el estado general de la cristianidad. Una oveja descarriada del redil, alzó el

estandarte de la rebelión, y los pueblos y los individuos se afiliaban prontamente bajo las nuevas banderas. Apellidóse *Reforma* este movimiento de insurrección contra la Iglesia Católica; y, con el prestigio de este nombre seductor, pudo engañarse á las incautas muchedumbres. Penetrados los nuevos sectarios de que el Pontificado es la piedra que sustenta el inmortal edificio del catolicismo, lanzan el grito de sedición en esta fórmula maldita: no hay autoridad religiosa, en materia de fe. Generalizada esta enseñanza, era indispensable que los pueblos, con el instinto lógico que los distingue, desconociesen y suprimiesen la autoridad en las esferas políticas; de esta manera, señores, el Protestantismo hería en el corazón á la Iglesia Católica y ponía en trance de muerte á las sociedades humanas. Conocíalo así el venerable Pontífice y lloraba desolado sobre las ruinas de Jerusalén. Mas no tardó el Señor en aliviar su aflicción. Ignacio de Loyola, convertido de valiente soldado del mundo, en generoso atleta de Jesucristo, preséntase al Papa con el entusiasmo que las grandes causas saben inspirar; pondérale con viveza los males de la Iglesia; píntale con animado colorido la necesidad de una lucha infatigable; trázale al punto el cuadro de operaciones de un ejército, siempre ordenado en batalla; y suplícale, por último, que bendiga y confirme el nuevo instituto, con su alta autoridad apostólica. Regocijase Paulo III, y divinamente inspirado, exclama: *Digitus Dei est hic*; el dedo de Dios está aquí.

Ya es tiempo, señores, de estudiar ese vasto plan de ataque y de defensa, escogitado por Ignacio. Admiraréis en él un profundo conocimiento del corazón humano y una exquisita y consumada prudencia; frutos preciosos de su eminente santidad.

\*  
\* \*

Dos eran las necesidades urgentes de la Iglesia, en



aquellos calamitosos tiempos: atacar la herejía, hasta herirla de muerte, y extender en nuevas y dilatadísimas regiones el reinado de Jesucristo.

Voy á ponerlo de manifiesto, trazandoos un breve cuadro de la situación religiosa del siglo XVI. Tres siglos hacía que el Islamismo arrancaba á la civilización cristiana una gran multitud de provincias y de regiones. La monstruosa secta amenazaba infestar toda la Europa con su emponzoñado aliento. Hacia fines del siglo XV nació Martín Lutero en Sajonia de Alemania; y á principios del siglo XVI, comenzó á dirigir esa propaganda infernal, preñada de horrores y de crímenes, y en la que han tenido su origen las pavorosas catástrofes que en negras páginas nos cuenta la Historia de tres siglos. Levantó banderas contra la Iglesia Católica, pronunciando las encantadoras palabras: *reforma; libertad*. El ejemplo de su apostasía y de su escandalosa vida atrajo hácia la nueva secta toda la gente perdida y desalmada. Todos los clérigos y frailes, que quisieron trocar la herencia de Jesucristo por la disolución y el libertinaje, corrieron á alistarse en el nuevo partido. Los ignorantes y la hez del pueblo, abrazaron con entusiasmo una religión, que sin arrancar de sus almas la fe en Jesucristo, rasgaba en mil pedazos el sagrado código de sus deberes, deslumbraba su vista con la imagen de la libertad y halagaba sus oídos con los mentidos acentos de esa sirena encantadora. Propagábase la reforma con la rapidez de un incendio; y no faltaba el viento del favor de los Príncipes para avivar el fuego devorador, en que debía arder y consumirse la Europa civilizada. Movíalos, ó la sórdida avaricia de las ingentes riquezas eclesiásticas, ó la loca ambición de unir al cetro del Rey la tiara del Pontífice; y, alguna vez, movíalos también, la satisfacción de pasiones vergonzosas, permitiéndolo así, sin duda, la divina Providencia, para que no hubiera ninguna página limpia y gloriosa en la his-

toria del Protestantismo. Imagináos, señores, una irrupción de vándalos que talan, quemán, y matan, dejando en pos de sus asoladoras huellas; lágrimas, espantos, miseria é infortunio; imagináoslo, señores, con los más vivos colores, y tendréis una pálida idea de la difusión de la reforma en el continente europeo.

Innumerables templos derribados por el hacha impía de la devastación; sagradas imágenes y preciosos ornamentos convertidos en objetos de mofa y de irrisión; antiguos y venerables monasterios, asilos de la Religión y de la ciencia, arruinados y despoblados por la salvaje ferocidad de los reformadores, sin que valieran á la ancianidad sus venerables canas, ni á la virginidad tampoco el fresco sonrosado del pudor; y para que no faltase la sangre, entre tantos y tan inauditos horrores, era indispensable que los predicadores de la reforma y de la libertad, cometieran el más escandaloso de los abusos, en nombre de la más abominable de las tiranías. Santos Obispos, perfectos Religiosos, venerable Sacerdotes, ancianos respetables, niños inocentes, castísimas doncellas, fueran otras tantas víctimas del furor revolucionario de Lutero y sus secuaces. ¡Ah, señores, que desolación tan espantosa! Saqueos, incendios, matanzas, ruina, devastación y muerte: he aquí el lastimoso cuadro que os presenta la Europa en el siglo XVI; y para que sea mas sombrío y desgarrador para el corazón católico, no es raro encontrar asentados en las cátedras de la verdad á los maestros de la mentira; trocados en lobos carniceros á muchos pastores del sagrado rebaño; empañado en fin el esplendoroso brillo de la jerarquía eclesiástica, con el pestilencial aliento de la reforma protestante. Nunca pareció cumplirse mejor la lúgubre profecía de Habacuc: "arrancadas serán las ovejas del redil ABSCIDENTUR DE OVILI PECUS; no se encontrará pasto en los pesebres: NON ERIT ARMENTUM IN PRESEPIBUS (1)

(1) Habacuc. c. III, v. 17.



¡Cuán afligida y abatida está la hija de Sión! ¿Quién secará el llanto de sus ojos? ¿Quién devolverá el consuelo á su atribulado corazón? ¿Cuándo dejarán de resonar las lúgubres notas con que cantan su desolación los profetas de Israel? ¿Por qué se han levantado contra su reina los pueblos de la tierra? ¿Porqué se han conjurado los Reyes y los Príncipes para deshonorarla y humillarla? ¿Se consumará la obra de iniquidad decretada en sus tenebrosos consejos? Nó, señores: el que habita en los cielos se reirá de ellos; el Señor disipará sus proyectos, y los conturbará haciéndolos beber en su furor el cáliz de su indignación. Consolada será la esposa del Cordero; oídos serán los gemidos de la Iglesia, que clama en su aflicción: “¿Señor porqué se han multiplicado tanto los que me atribulan? ¿Porqué se levantan tantos pueblos contra mí, cuando yó los engendré con mi calor y con mi vida; los que debieran compadecerme y consolarme, se burlan de mí diciendo: en vano esperó en su Salvador y en su Dios; no hay salvación ni remedio para ella. Mas mi fe no ha vacilado, Señor, porque yo sé que tú eres mi gloria, y que cuando extiendas tu poderosa diestra para confundir á tus enemigos, se levantará mi cabeza, entre todos ellos, coronada por el triunfo. Con voz de ruego clamó al Señor su santísima Iglesia; y el Señor la escuchó de su santo monte”.

Cuando el desaliento y la tristeza cundía entre los soldados de Cristo viendo pasar á las filas enemigas á tantos compañeros, preséntase uno que con esforzado valor les dice: nada temáis: contra toda esperanza, he esperado, en el Señor y no seí confundido: EGO AUTEM IN DOMINO SPERABO: Alegráos regocijáos; gozoso está mi corazón; porque el Señor Jesús, triunfador de la muerte y del pecado, no permitirá la ignominia de los que defienden su nombre y pelean por su causa. EGO AUTEM GAUDEBO IN DEO JESU MEO. Venid, pues, hermanos queridos; revestíos con la armadura de Dios, para que podáis estar

firmes contra las acechanzas del Diablo; alistáos de buena voluntad bajo las banderas de Jesucristo; formemos un compacto y numeroso ejército, que vaya á disputar al enemigo, en reñida batalla y palmo á palmo, las fortalezas que ha ocupado. Seremos invencibles, porque nada podrán contra nosotros su arrogancia y su soberbia, si está con nosotros el favor del Señor. Vedlos como maniobran en secreto la injusticia y la iniquidad; son los hombres de pecado que han templado su arco, han preparado sus saetas y hieren ya, aunque insidiosa y cobardemente, á los buenos y rectos de corazón. Basta de sufrimientos, generosos compañeros. Vamos á la lucha, sin tardanza y sin temor. Así habla Ignacio de Loyola; muchos y muy valerosos soldados corren á prestar obediencia al nuevo capitán; y muy pronto, vió, se renovado, por primera vez, ese prodigio de propagación de que el cristianismo dió el primer ejemplo. Y si los doce pescadores de Galilea pudieron extender la doctrina de Jesús, por todo el orbe conocido, los diez discípulos de Ignacio, llenaron en breve la tierra, multiplicándose como el grano de mostaza del Evangelio, para convertirse en árbol frondoso, que cobija con su sombra á la cristiandad entera. No pasan diez años, después de fundada la Compañía de Jesús, y ya se encuentra diseminada en Italia, Francia, España, Alemania, Irlanda, Indias Orientales y Occidentales. ¡Maravillosa fecundidad, señores, en que han debido reparar los enemigos de la Compañía, para no desconocer en ella el espíritu de Dios! Mientras tanto, los enemigos de la Iglesia huyen despavoridos, en presencia de las legiones de Ignacio; avívanse la fe y la caridad en todos los corazones y fortifícanse los lazos, que unen las ovejas al Supremo Pastor.

\*  
\*\*

Veamos, ahora; señores, la maravillosa manera con que organizó su ejército Ignacio de Loyola.

006717



Voy á presentaros un ligero bosquejo de las constituciones de la Compañía. Habiendo desconocido la Reforma, en nombre de los derechos de la razón, la autoridad del Pontífice, pensó Ignacio que era indispensable restablecer la obediencia debida al sucesor de Pedro, haciendo consistir en ella la esencia misma de su instituto. Por esto, agregó á los votos comunes de pobreza, castidad y obediencia, el voto particular de la sujeción al Papa. Dos eran los principales abusos que inflamaban el celo hipócrita de los reformadores protestantes: la avaricia y la ambición del clero; á la primera opone Ignacio, no sólo el absoluto y voluntario desprendimiento de los bienes temporales, sino también la severa prohibición de que los miembros de su instituto recibieran limosnas por el ejercicio del ministerio; para combatir la segunda impone á sus discípulos la renuncia formal y perpetua de todas las dignidades eclesiásticas. Así cerró todos los caminos de la ambición, de la avaricia y del cisma, y pudo luchar ventajosamente con la herejía, mostrando al universo entero el consolador espectáculo de una institución en la que estaban corregidos hasta el exceso todos los abusos que provocaron la Reforma. Siendo de notar que el alma del instituto consistía en su vínculo estrecho y fortísimo con el Pontificado; vínculo que la Reforma había roto en mil pedazos, creyéndolo un poderoso obstáculo para la corrección de los abusos y para la enmienda de las costumbres. Fácil es concebir, ahora, como la Compañía de Jesús confundió en el abismo de su refinada hipocresía á los corifeos del Protestantismo. Con el sólo hecho de su vida, arrancaba á los nuevos adalides la máscara de devoción, con que se habían cubierto para que apareciesen en toda su deformidad. Porque vivir era como decirles: vosotros habéis sustraído al cayado de Pedro los pueblos y los reinos, en nombre de los abusos, para reformarlos, pues bien, si procedéis de buena fe, reconoced que habéis echado por una extraviada senda, y venid al punto á en-

grosar nuestras filas, porque nosotros somos los primeros ejemplos de la reforma verdadera, operada por el espíritu, siempre vigoroso de la Iglesia católica y en el seno de la obediencia el vicario de Jesucristo. No se necesitaba más, señores, para desconcertar á la Reforma. Ella continuó su obra de devastación y de exterminio, pero los pueblos aprendieron también á reconocer al monstruo que los devoraba, encubierto bajo el mentido espíritu de Reforma; acabaron de persuadirse de que el Protestantismo era una farsa infame en que no tenía parte la razón y la dignidad humana; un mercado escandaloso, en que se ponían á venta los dogmas de la Religión para ganar prosélitos; una combinación diabólica, artificioosamente preparada para envenenar las sociedades entre la algazara de los banquetes y la embriaguez de las pasiones populares ¡Ah, señores! todavía ignora el mundo el espantoso abismo, á que lo hubiera conducido la herejía protestante; por que no ha llegado aún la grande hora de las reparaciones; pero llegará infaliblemente, señores; y entonces, el Protestantismo irá á esconder su ignominiosa vida, cargada con los crímenes de tres siglos y herido por las maldiciones del cielo.

Ya habréis comprendido el antagonismo perfecto y radical, que Ignacio supo establecer entre su instituto y la Reforma protestante. Permitid que os indique, ahora, aunque de paso, cómo satisfizo la segunda necesidad de la Iglesia en aquellos tiempos á saber: la dilatación del Evangelio en las apartadas comarcas de Oriente y de Occidente.

\*  
\* \*

Colón, con valor é intrepidez nunca vistos sorprendió un gran mundo en medio de los mares; y esta nueva conquista para la humanidad, fue también un nuevo teatro de las misiones evangélicas. Ignacio de



Loyola conoce la inmensa extensión del territorio que debe hollar la planta del jesuíta; y para que nunca fuera una dificultad la distancia ó la aspereza de los caminos, por la inclemencia de los climas ó la ferocidad de los habitantes, encadena á sus discípulos con el voto especial de ir á predicar el Evangelio á cualquiera parte de la tierra, sin réplica ni excusa. cuando así lo mande el Soberano Pontífice. Maravilloso artificio, señores, por el cual un pobre inerme anciano pone en movimiento á millares de hombres esp arciéndolos por todo el orbe de la tierra con un sólo acto de su voluntad. Después de quince siglos desde la fundación de la Iglesia pudo decir el Papa á los discípulos de Ignacio, como el Salvador á sus queridos Apóstoles: Id por todo el mundo predicad el Evangelio á toda criatura. Misión extraordinaria y grandiosa, que la Compañía supc llenar de bidamente. Tomad el mapa, y desde donde el sol nace hasta donde el sol se pone, encontraréis la bendita huella del jesuíta que ha pasado evangelizando á los pobres. Y fue tan grande el empeño de Ignacio por la predicación del Evangelio, que no quiso que los miembros de su instituto cantasen en coro las divinas alabanzas del Señor, á fin de que tuvieran toda libertad para trabajar sin descanso y á todas horas en la viña de Jesucristo.

\*  
\* \*

He procurado manifestaros como la Compañía de Jesús combatió la herejía protestante, y dilató por el mundo la verdad evangélica: dos incomparables beneficios de que le es deudora la Iglesia Católica. El Pontificado lo sabe, señores; y ha reconocido mil veces esa deuda de gratitud enriqueciéndola con un sinnúmero de privilegios y pidiéndola su concurso en todos los asuntos graves de la cristiandad. Paréceme, señores, que veo pasar por vuestras mentes el triste cuadro de la ex-

tinción de la Compañía de Jesús por una Bula del Pontífice; y que desfila delante de vosotros ese ejército de groseras calumnias que la prepararon un glorioso sepulcro y una más gloriosa resurrección. Cúpole á la Compañía la misma suerte que al Salvador del mundo. Acogida por los Pontífices, saludada por los Reyes, aclamada por los pueblos, la Compañía de Jesús navegaba con viento próspero, entre las guerras religiosas y las tempestades políticas; mas, las Universidades y los Parlamentos como en otro tiempo el consejo de los doctores de la ley, juraron su ruína y decretaron su muerte; y este decreto fue confirmado en la tierra y ratificado en el cielo, porque era indispensable el sacrificio de una víctima inocente, que expiara ante la divina justicia las turbulencias religiosas del siglo dieciséis y las orgías filosóficas del siglo dieciocho. Víctima ilustre, fue conducida por la revolución hacia el trono mismo de su Padre, y como otro Isaac, inclinó la cabeza para recibir la muerte de la trémula mano del anciano que le dió la vida. Inaudito prodigio, señores: la Compañía muere por obediencia como Nuestro Señor Jesucristo; y muriendo de esta manera, es la única institución que ha visto en sus agonías, los preludios de su triunfo y en su misma muerte el principio de la vida. Ciertamente es así: la obediencia es la esencia misma del instituto de Loyola; muriendo, por obedecer, presentó el más incontestable argumento de su vida inmortal. Si hubiera resistido á la voluntad del Pontífice que la mandaba morir, habría muerto realmente, en brazos de la disolución y entre los horrores de la anarquía. Mas, porque, cuando le fue intimada la sentencia de muerte, no desplegó sus labios sino para decir: "en tus manos, Padre mío, encomiendo mi espíritu", por esto será glorioso su sepulcro; llevará en su seno el germen de la inmortalidad y saldrá de allí, al tercero día, entre los esplendores del triunfo y los signos de la victoria. Bendecida será de nuevo por los Pontífices, y



acariciada por los pueblos; las naciones de la tierra le serán dadas en herencia y su nombre será bendito en todos los pueblos cristianos y respetado entre las naciones cismáticas. La ciencia y la política, que un día se combinaron para perderla, la llamarán después á sus consejos y le pedirán el concurso de sus inspiraciones. ¡Ah!, señores, la Compañía de Jesús no tiene por qué avergonzarse de su muerte; que se avergüencen de ella esas instituciones caducas, que llevan en sus propias entrañas el germen de su disolución; por lo que hace al instituto de Ignacio, la página más gloriosa de su historia es la que contiene sus honores fúnebres; y no valen tanto los actos de su vida como la resignación de su muerte. ¡Ah!, señores, ocupado de la grandeza de la obra, me olvidaba, sin advertirlo, de la santidad de su artífice.

\*  
\* \*

¡Oh Ignacio! perdóname si hablando de las glorias de tu Compañía, he dejado de hacer el panegírico de tu santa vida. Elogiándola, es verdad que he elogiado el templo de tu inmortalidad, porque su gloria no es sino el reflejo de la tuya, y porque los fulgores que bañan esta ciudad de Dios no son sino la dilatación de la luz en que estás inundado, por los horizontes del tiempo. Cuanto he dicho de tus hijos cede en tu loor y en tu alabanza; porque sus corazones todos, unidos por el amor de hermanos, forman el pedestal de tu gigantesca estatua en la que te saludan con respeto las generaciones y los siglos. Basta! glorioso Ignacio!, lo diré de una vez: no he podido encerrar en un cuadro, ni abarcar en una mirada, ni contener en un pensamiento, la historia de tu vida. Yo no sé si ha sido por su magnífica grandeza ó por mi estrecha pequeñez; ambas cosas habrán sido, sin duda, porque yo he experimentado que mi flaca vista no puede resistir los resplandores del Sol. Y si me perdo

nas, en gracia de tu Compañía, escucha benigno, la súplica que pongo humildemente á tus pies. Te pido para la Iglesia del Perú una porción de tus hijos que vengán á difundir en este suelo la luz de su ciencia y el calor de su caridad; y para todos y cada uno de los que hemos venido á honrarte en este día, vida próspera en la gracia de Dios y muerte dichosa en el ósculo del Señor.

